

puerto, que había resistido los reiterados ataques del enemigo, está a punto de ceder. El poeta atraviesa el Escaut sobre los puentes de balsas con el ejército belga que se retira sobre el Yser, mientras que el incendio envuelve la noche trágica... El cortejo sin fin de los civiles que huyen en dirección al mar, conmueve profundamente al joven escritor que, como tantos otros de su generación, ha trocado la pluma por la espada para defender la justicia y el derecho.

Africa... En febrero de 1915, el *Grantully Castle*, navío de guerra británico, conduce a Rupert Brooke hacia los Dardanelos. De esta travesía copiosa en peligros, lo único que retiene su ojo de artista es la embriagante perspectiva de un viaje a Oriente. A lo largo de España descubre en la brisa marina «algo de terrestre y de cálido, como la conciencia de una presencia en la sombra»: el perfume aéreo de Andalucía. El barco costea la región berberisca, Túnez, que surge en medio de un chorro de luz solar, con sus montañas leonadas y sus aldeas blancas. Escala en Malta. Y luego, el cielo suave del Archipiélago y del mar Egeo: «cielo de ópalo, de perla y de oro ligero». El viajero-soldado que adora la Hélada y venera su antigua civilización, llega a Lemnos. Falsa alarma en la noche, sobre «el mar Egeo fosforescente». La hora del combate ha sido diferida. Rupert Brooke morirá sin haber conocido el cuerpo a cuerpo, la horrible carnicería de la guerra en la cual debía perecer su hermano menor y casi todos sus compañeros. En efecto, el *Grantully* retrocede y encamina sus pasos hacia Egipto, arribando a Puerto Said el 27 de Marzo. El poeta aprovecha su primer permiso para conocer el Cairo, visitar las Pirámides, la Esfinge... Al retornar al canal de Suez una insolación lo tumba en el lecho. Apenas convalesciente, debilitado por la dieta, se embarca por *motu proprio*—para no dejar partir sin él a sus camaradas. El 17 de abril, la nave de guerra atisba a Skyros, la bella isla griega de las Espórades, donde según se asegura, murió Teseo, y donde la leyenda guarda devotamente el recuerdo del viejo rey Lucomede y de los héroes de la Iliada. Tuvo allí el soldado-voluntario algunos días de tregua para admirar la pintoresca roca y sentarse con sus amigos en ese recodo del mundo, lindo huerto de olivos con panorama de mar mediterráneo, en el mismo sitio en que poco tiempo después debía ser cavada su fosa.

El 23 de abril de 1915, el soñador Rupert Brooke cerraba los ojos mortales a la edad de veintiocho años, arrancado a la vida por un envenenamiento de la sangre, a bordo del buque hospital francés *Duguay-Trouin* anclado en la bahía. «El sol brillaba de los cuatro costados en torno de su camarote».

¡Funerales patéticos en su simplicidad! Dejemos aquí hablar a dos antiguos marinos. Interrogado recientemente por el diario parisiense *L'Intransigeant*, el marino francés Agustin Cornion, que se hallaba en el *Duguay-Trouin*, y que llevó sobre sus robustos hombros de bretón el cuerpo del bello poeta inglés:

DR. HERDOCIA

Enfermedades de los ojos,
oídos, nariz y garganta

Horas de oficina:

10 a 12 de la mañana
y de 2 a 5 de la tarde

Contiguo al Teatro Variedades

—«...Un pastor ofició en el pequeño camarote. Luego se trasladó el ataúd a una chalupa. Tres equipos de cuatro hombres se relevaban. Franceses e ingleses nos encontrábamos mezclados. Al cabo de hora y media, llegamos a través de un camino difícil y pedregoso, a un huerto de olivos. El tiempo era malo y las nubes cubrían la luna. Por lo que tuvimos que alternarnos a la débil luz de los faroles de un cabo al otro del sendero rocoso... A las primeras paladas de tierra, el pastor leyó los salmos... Después, un oficial británico pronunció una oración fúnebre que yo no comprendí. Los clarines resonaron en la noche. Luego, cada quien regresó a bordo. Todo había terminado»...

Verhaeren, el genial aeda belga, autor de *Las Campañas alucinadas* y a quien Atropos cortó ingratamente el hilo de la vida humana (1916), consagró uno de sus poemas póstumos a la muerte de Rupert Brooke:

«...Nous l'avons mis sur nos épaules fraternelles
Y maintenant sa bière avec nos larges mains.
Des flambeaux allumés éclairaient les chemins
Au long des roches éternelles...»

(«...Con nuestras grandes manos pusimos su féretro en nuestros hombros fraternales. Hachones encendidos alumbraban los caminos a lo largo de las rocas eternas...»)

Marcha fúnebre.—Un marino inglés y amigo íntimo del poeta, Denis Browne, joven compositor de talento que sucumbió delante de Galipoli poco después de haber cavado personalmente el sepulcro del apolíneo durmiente de Skyros, dejó también la descripción de aquella noche del 23 de abril de 1915: «Imaginad el espectáculo bajo una luna oculta por las nubes, con las tres montañas a nuestro alrededor y, por todas partes, esos divinos olores». El aroma de la salvia en flor perfumaba el silencio triste... «Mis amigos y yo nos quedamos atrás y cubrimos la tumba fresca con grandes bloques de mármol blanco que yacían en los bordes del sendero...»

La obra.—Rupert Brooke murió a los 28 años de edad. Su estro se apagó, pues, demasiado pronto! Tuvo tiempo, sin embargo, de publicar varios ramilletes de versos que han sido reunidos en un es-

peso volumen, admirablemente presentado por los editores de Londres, Sidgwick, and Jackson, bajo el título de *Collected Poems*. En la dicha obra se encuentra la biografía detallada escrita por Edward Marsh, la cual nos ha servido para presentar al leyente, a vuelo de pájaro, la vida de peregrino del joven estudiante de la Universidad de Cambridge... En la misma casa editorial se han publicado los otros dos libros en prosa: *Letters from America* y *John Webster and the Elizabethan Drama*.

La colección completa de sus poemas ha conocido ya numerosas ediciones y la cifra anual de la venta—cifra extraordinaria sobre todo si se considera que se trata de poesías—bastaría para demostrar cómo es leído Rupert Brooke en Inglaterra y en Estados Unidos, a despecho de que «haya pasado de moda» en ciertos medios de vanguardia intelectualista donde se prefiere una sequedad rigurosa y una excentricidad cerebral, a su romanticismo discreto y su vibrante sinceridad.

Testimonios.—Lugar y autoridad nos faltan para intentar un examen de su obra poética, tan ornada de exquisita sensibilidad, de música y de inteligencia. Citemos tan sólo una frase de un estudio substancial del gran poeta inglés John Drinkwater: «Para los que vean en la poesía la perfecta prolongación de la vida, la historia de Rupert Brooke significará siempre esa veintena de poemas en los cuales alcanzó la plena madurez de su genio y dió una imperecedera expresión a la esencia misma de su personalidad.»

A pesar de que la belleza verbal y rítmica de una poesía extranjera no pueda ser *igualada* en una versión, el *Comité Rupert Brooke* prepara una traducción francesa de los poemas del gran portalira muerto en Grecia. Esta ardua faena está encomendada a la alta competencia de Monsieur Rolland Leymon. Será el libro un ardiente homenaje internacional a Rupert Brooke y a la Divina Poesía, y contendrá interesantes testimonios sobre el poeta y sobre el sentido que encierra este tributo de generosidad y de justicia.

«Había en él—escribe un importante personaje del Imperio Británico en el diario helénico *Eleutheron Vima*—un algo del alma de los antiguos atenienses y es por una orden del destino que su cuerpo ha vuelto a la tierra de sus sueños, a la patria de sus pensamientos... Acaño preveía su fin cuando exclamó en rueda de camaradas, en el huerto de olivos: *He visto la Tierra sagrada del Atica y ahora puedo morir*».

Tales palabras de oro han sido esculpidas en griego moderno sobre el mármol de la peana, para que el viandante que se detenga a meditar ante la bella estatua sepa que la curva terrestre de una joven vida armoniosa ha venido a terminarse aquí, bajo el cielo amado del poeta. Este adiós y la nobleza de su vida le han valido a Rupert Brooke la dulce y serena amistad de la Hélada.

Carlos Deambrosio - Martins

París, 1930.